

Mensaje tres

La vida: su crecimiento, desarrollo, madurez y fruto

Lectura bíblica: Mr. 4:26-29; 2 P. 1:5-7; He. 6:1; Gá. 5:22-23; Jn. 15:16

I. El recobro del Señor consiste en recobrar la verdad y la vida—Jn. 18:37b; 10:10b:

- A. La decadencia del cristianismo se debe al hecho de que ha perdido tanto la verdad como la vida (2 Ti. 2:25; 1:10); la pérdida de la verdad y la vida ha dado origen a muchos métodos humanos y organizaciones mundanas:
 - 1. Mientras que el cristianismo confía en la organización y la labor humanas, la iglesia confía únicamente en la luz de la verdad, la cual nos lleva al disfrute de la vida del Señor—Tit. 1:1-2; 1 Ti. 2:4; 3:15; 6:19.
 - 2. El contenido de la iglesia debe consistir en el crecimiento, en nosotros, de Cristo como verdad y vida—Jn. 14:6.
- B. Tanto la verdad como la vida son Cristo mismo, pero son dos aspectos distintos de lo que Él es—8:32, 36; 14:6; 11:25:
 - 1. La verdad es la definición y explicación objetiva, y la vida es el contenido intrínseco e interno.
 - 2. Cristo está presente en nosotros como nuestra vida (Col. 3:4), pero nuestra experiencia de esta vida requiere una explicación, y tal explicación es la verdad.
- C. Experimentar al Señor como vida emana de lo que conocemos de Él como verdad—Jn. 14:6; 11:25:
 - 1. Para experimentar al Señor como vida, debemos conocer la verdad—8:32, 36.
 - 2. Si no tenemos claridad en cuanto a la verdad y no la entendemos ni conocemos, no podremos disfrutar al Señor como nuestra vida—Col. 1:5; 3:4.
 - 3. Todo cristiano experimentado sabe que, si no conocemos la Biblia ni entendemos la verdad que ésta contiene, no podremos disfrutar a Cristo como vida—Jn. 17:17, 3.

II. Si hemos de obtener el conocimiento apropiado de la vida divina, debemos saber en qué consiste el crecimiento de la vida divina:

- A. El crecimiento de la vida divina no consiste en mejorar nuestra conducta, ni en expresiones de devoción, ni en servir celosamente, ni en aumentar nuestro conocimiento, ni tampoco en abundar en los dones ni en tener más poder.
- B. El crecimiento de la vida divina es el aumento del elemento de Dios en nosotros (Col. 2:19), el aumento en la estatura de Cristo (Ef. 3:17a; 4:13), la extensión del terreno ocupado por el Espíritu Santo (5:18), la disminución del elemento humano, el quebrantamiento de la vida natural y la sujeción de todas las partes que componen nuestra alma (2 Ti. 1:7).

III. El recobro del Señor no es un movimiento; el recobro consiste en que el propio Cristo como semilla de vida se siembra en nuestro ser—Mt. 13:3-4a, 19:

- A. El reino de Dios es el Dios Triuno en Su encarnación, sembrado en Sus elegidos para crecer y desarrollarse en ellos hasta llegar a ser un reino—Mr. 4:26-29.
- B. El reino de Dios es producido por la multiplicación de la semilla—v. 26:
 - 1. El sembrador siembra la semilla, la cual crece y se multiplica, y finalmente esta semilla que se ha multiplicado llega a ser el elemento constitutivo del reino.
 - 2. El reino no es edificado mediante las obras, sino al multiplicarse la semilla de vida.
- C. El reino es el agrandamiento de Cristo, la multiplicación del Cristo que es la semilla que fue sembrada en nosotros—Lc. 17:20-21; 8:5-8:

1. El mismo sembrador es la semilla, y la multiplicación de la semilla es la multiplicación del sembrador.
2. Jesucristo es la semilla del reino de Dios y, como tal, ha sido sembrado en los que creen en Él; ahora esta semilla está creciendo y desarrollándose en los creyentes—Mr. 4:26-29.

IV. En 2 Pedro 1:5-7 vemos cómo la simiente del reino se desarrolla a partir de la fe y culmina en el amor:

- A. Es necesario ejercitar nuestra fe para que la virtud de la vida divina sea desarrollada y llegue a su madurez—v. 5.
- B. La fe se puede comparar con una semilla:
 1. En 1 Pedro 1:23, la semilla es la palabra en la cual Cristo está presente como vida.
 2. En 2 Pedro 1, esta semilla llega a ser nuestra fe, que es “una fe igualmente preciosa” (v. 1); esta fe es una con Cristo, quien es la semilla.
- C. El desarrollo que parte de la fe y culmina en el amor, incluye virtud, conocimiento, dominio propio, perseverancia y piedad—vs. 5-6.
- D. Finalmente, vemos el pleno desarrollo y madurez, lo cual empieza a partir de la fe como semilla, continúa mediante la virtud y el conocimiento como las raíces, el dominio propio como el tallo, la perseverancia y la piedad como las ramas, y culmina en el amor fraternal y el amor como las flores y el fruto—v. 7.

V. Ser transformados consiste en experimentar un cambio metabólico en nuestra vida natural, mientras que alcanzar la madurez consiste en ser llenos de la vida divina que efectúa el cambio en nosotros—He. 6:1:

- A. La última etapa de la transformación consiste en alcanzar la madurez, es decir, en alcanzar la plenitud de vida:
 1. El propósito eterno de Dios se cumple solamente mediante nuestra transformación y madurez—Gn. 1:26; Col. 1:28; 2:19; Ef. 4:13.
 2. La madurez estriba en que la vida divina nos sea impartida una y otra vez, hasta que alcancemos la plenitud de vida—Jn. 10:10b; 2 Co. 5:4b.
- B. Alcanzar la plenitud de vida nos lleva a bendecir, lo cual consiste en que esta vida rebosa de nosotros y es impartida en los demás—Gn. 47:7, 10; 49:28; 1 Jn. 5:16.
- C. Dios, en Su soberanía, se valdrá de las personas, las cosas y los acontecimientos para despojarnos de todo lo que nos ocupa y eliminar todas nuestras preocupaciones, con el fin de que se aumente nuestra capacidad para ser llenos de Dios—Ro. 8:28; Lc. 1:53; Mt. 5:6:
 1. Un creyente maduro ha aprendido que Dios es misericordioso y plenamente capaz de suplirle toda necesidad, cualesquiera sean las circunstancias—Gn. 43:14; 17:1; Fil. 1:19-21a; 4:11-12.
 2. Un creyente maduro confía y descansa plenamente en la misericordia de su Dios que todo lo provee, y nunca más se apoya en sí mismo ni confía en sus propias habilidades—Ro. 9:16.

VI. El fruto indica tanto expresión como multiplicación; necesitamos que dos tipos de frutos emanen de la vida divina: el fruto de las virtudes cristianas y el fruto de las personas regeneradas con la vida divina—Gá. 5:22-23; Jn. 15:16.